

EL LLAMADO AL LIDERAZGO, UNA VOCACION

Referencia: Envío Nacional de Cursos – octubre 2009

Descubrir Y Vivir La Propia Vocación Y Misión¹

La formación de los fieles laicos tiene como objetivo fundamental el descubrimiento cada vez más claro de la propia vocación y la disponibilidad siempre mayor para vivirla en el cumplimiento de la propia misión.

Dios me llama y me envía como obrero a su viña; me llama y me envía a trabajar para el advenimiento de su Reino en la historia. Esta vocación y misión personal define la dignidad y la responsabilidad de cada fiel laico y constituye el punto de apoyo de toda la obra formativa, ordenada al reconocimiento gozoso y agradecido de tal dignidad y al desempeño fiel y generoso de tal responsabilidad.

En efecto, Dios ha pensado en nosotros desde la eternidad y nos ha amado como personas únicas e irrepetibles, llamándonos a cada uno por nuestro nombre, como el Buen Pastor que «a sus ovejas las llama a cada una por su nombre» (*Jn 10, 13*). Pero el eterno plan de Dios se nos revela a cada uno sólo a través del desarrollo histórico de nuestra vida y de sus acontecimientos, y, por tanto, sólo gradualmente: en cierto sentido, de día en día.

Y para descubrir la concreta voluntad del Señor sobre nuestra vida son siempre indispensables la escucha pronta y dócil de la palabra de Dios y de la Iglesia, la oración filial y constante, la referencia a una sabia y amorosa dirección espiritual, la percepción en la fe de los dones y talentos recibidos y al mismo tiempo de las diversas situaciones sociales e históricas en las que se está inmerso.

En la vida de cada fiel laico hay además *momentos particularmente significativos y decisivos* para discernir el llamado de Dios y para acoger la misión que Él confía. Entre ellos están los momentos de la *adolescencia* y de la *juventud*. Sin embargo, nadie puede olvidar que el Señor, como el dueño con los obreros de la viña, llama —en el sentido de hacer concreta y precisa su santa voluntad— *a todas las horas* de la vida: por eso la vigilancia, como atención solícita a la voz de Dios, es una actitud fundamental y permanente del discípulo.

De todos modos, no se trata sólo de *saber* lo que Dios quiere de nosotros, de cada uno de nosotros en las diversas situaciones de la vida. Es necesario *hacer* lo que Dios quiere: así como nos lo recuerdan las palabras de María, la Madre de Jesús, dirigiéndose a los sirvientes de Caná: «Haced lo que Él os diga» (*Jn 2, 5*). Y para actuar con fidelidad a la voluntad de Dios hay que ser *capaz* y hacerse *cada vez más capaz*. Desde luego, con la gracia del Señor, que no falta nunca, como dice San León Magno: «¡Daré la fuerza quien ha conferido la dignidad!»; pero también con la libre y responsable colaboración de cada uno de nosotros.

¹ Juan Pablo II, Sobre Vocación Y Misión De Los Laicos
En La Iglesia Y En El Mundo

Esta es la tarea maravillosa y esforzada que espera a todos los fieles laicos, a todos los cristianos, sin pausa alguna: conocer cada vez más las riquezas de la fe y del Bautismo y vivirlas en creciente plenitud. El apóstol Pedro hablando del nacimiento y crecimiento como de dos etapas de la vida cristiana, nos exhorta: «Como niños recién nacidos, desead la leche espiritual pura, a fin de que, por ella, crezcáis para la salvación» (1 P 2, 2).

Discerniendo el Llamado de Dios²

Jesús siempre llamó a las personas a abarcar los ideales más elevados posibles. No todos fueron llamados a formar parte de los doce, pero todos fueron llamados a la perfección y a la santidad. Lo mismo es cierto referente al cursillo. Todos hemos sido llamados a vivir a cabalidad el cuarto día, pero algunos hemos sido llamados a realizar una obra especial en el Movimiento de Cursillos. No todos serán llamados a formar parte de la Escuela de Dirigentes, cada uno deberá discernir su propio llamado. No podemos diluir los principios del Cursillo o de la Escuela de Dirigentes por miedo a dejar a alguien fuera. Entonces, ¿cómo podremos discernir dónde Dios nos quiere? La respuesta es sencilla: mediante la oración.

Cuando nos fijamos en Jesús encontramos el modelo perfecto de oración. Antes de cada decisión importante Jesús pasa tiempo a solas con el Padre. Antes de iniciar su ministerio público, sabemos que el espíritu conduce a Jesús al desierto y allí pasa cuarenta días. Antes de acoger a los doce, Jesús ora. Antes de emprender el largo camino hacia el Calvario, Jesús ora. En Lucas 6:12, la oración de Jesús al Padre se describe como un estar “en comunión con Dios”. La palabra “comunión” es una muy interesante. Como la palabra “comunidad” el término significa “trabajar con”. La oración no es algo solo para nuestra satisfacción y nutrición personal. Es una fuente poderosa de acción. Si la oración solo nos nutre personalmente es oración que solamente ha hecho la mitad de su trabajo. La oración debe también nutrir a otros a través del testimonio apostólico de nuestra vida y nuestros esfuerzos evangelizadores. En el Huerto de Getsemani, Jesús ora y pide la fuerza necesaria para poder llevar a cabo su gran final sacrificio en la Cruz. David ora para poder llevar a cabo sus tareas como un buen siervo de Dios. Pablo ora para que el poder de Dios lo ayude a él y a nosotros, hacer lo que es justo y a vivir verticalmente.

La oración no es simplemente una empresa personal. No es solo para “mí”. David Knight habla de la “oración del encuentro”, la que él describe como “reflexionar en la palabra de Dios hasta que lleguemos a decisiones que cambien nuestras vidas... La oración que no afecta nuestra vida, simplemente no es oración, no importa cuan bien se sienta.” Es por ello que la Piedad y el Estudio no pueden estar separados de la Acción. Sin nuestro testimonio apostólico, la oración se reduce a un mero ejercicio egoísta, es como cuando hacemos dieta durante la Cuaresma, no porque deseamos ayunar, sino porque queremos perder peso. Para Jesús, la oración nunca fue para sí mismo. Siempre fue dirigida a realizar la obra y la voluntad del Padre.

“En comunión” – ahí está el centro de la oración: trabajar para y con Dios para ayudar a

² Rev. Frank Salmani, ¿A Quién Enviaré? Discerniendo la Voluntad de Dios

hacer realidad su Reino. Orar es trabajar con Dios. Todo lo que hacemos para Dios comienza con oración, termina con oración, y se sostiene con la oración. Es bueno notar que el término “Liturgia” significa “trabajo”. La Liturgia, en cualquiera de sus formas, es trabajo hecho para Dios, de modo que nos nutra y así trabajemos en beneficio de los demás. Consideremos por un momento las “Palancas”. La Palanca es un ejemplo perfecto de oración como parte de la obra de Dios. Ofrecemos sacrificios por los demás – ese es el corazón de la Palanca. Además, cuando consideramos la oración como parte de la obra de Dios, nuestro propio “obrar” nos resulta menos trabajoso y más liviano; ya no nos parece una tarea.

Nuestro trabajo es un llamado de Dios y el trabajo continuo alimentará la continua oración que nos ayudará en nuestra conversión progresiva. Las obras y la oración están entrelazadas así como las dimensiones vertical (Dios) y horizontal (el prójimo) de nuestra vida espiritual también están entrelazadas. Si hemos aceptado el llamado a ser dirigentes del Cursillo, la oración y el estudio serán el combustible para trabajar en el Movimiento. No es suficiente estar llenos espiritualmente. Necesitamos cristianos que sean dirigentes, no porque están espiritualmente adelantados, sino porque están dispuestos a marcar las normas de servicio cristiano al Cursillo, a la Iglesia y al Mundo.

El Movimiento de Cursillos de Cristiandad³

Es de suma importancia el reconocer que el ser Dirigente de Cursillo *es una vocación – un llamado de Dios*. Mientras uno más se envuelve en forma profunda en la dirigencia del Movimiento, oímos la frase – “Hacer del Movimiento de Cursillo nuestro Apostolado Primario” - más y más. Esta frase necesita ser bien entendida y así estar consciente que el liderazgo en el Movimiento de Cursillos de Cristiandad es un llamado de Dios para servir a la Iglesia en tal forma especial.

Cada uno de nosotros ha escogido una forma propia de vida: matrimonio, sacerdocio, vida religiosa, soltería, y es dentro de esa forma de vida que tenemos un llamado, una vocación. Los Documentos del Concilio afirman: “Es el propio Señor el que ha llamado”. Sí, el Señor mismo nos ha invitado a cada uno a que vivamos nuestra vocación, nuestro llamado. Para algunos de nosotros, ese llamado, esa vocación es el ser Dirigente del Movimiento de Cursillos.

No es por accidente el que el Señor nos haya llamado a cada uno de nosotros. Cada uno somos parte del plan total de Dios. En Romanos (8, 28-30), dice: “Él nos ha llamado de acuerdo con su finalidad – Él ha llamado a aquellos que Él quería. Aquellos que Él llamó, Él justifica, y a aquellos que Él justifica los llamó a compartir Su Gloria”.

Por lo tanto, hay un propósito – una intención en nuestro llamado. A través de la experiencia de los tres días del Cursillo, fuimos llamados a tener una vida más llena y profunda centrada en Nuestro Señor Jesús. Fuimos concienzudos de nuestra necesidad y responsabilidad a vivir lo Fundamental Cristiano. Después de esta experiencia seguimos el “llamado” hasta vernos donde hoy estamos – Dirigentes en el Movimiento de Cursillos. Es esencial ver nuestra posición de hoy, como una respuesta al llamado de

³Manual - Cómo Programar una Escuela de Dirigentes

Dios – como una vocación, como una forma de vida.

Y, si vemos dónde estamos hoy como una respuesta a un llamado – como vocación, necesitamos darnos cuenta que nadie se realiza en su vocación en un día. La vocación evoluciona y se desarrolla y cada uno de nosotros, necesitamos examinar minuciosamente la aceptación de ese llamado, y el compromiso que ello significa.

Lo primero a reconocer y a aceptar es el hecho de que en realidad es un llamado del Señor, y como tal debe ser reverenciado y respetado. Los Dirigentes del Cursillo, aquellos que trabajan en el Movimiento por el bien del Cursillo, necesitan ver su trabajo como un llamado – como el apostolado primario; un apostolado primo, primero y ante cualquier otro, aun por encima de cosas de la Iglesia. No puede tener la misma respuesta que nuestros entretenimientos como; “Cuando yo quiera”, “Cuando tenga tiempo”, o “Porque me gusta”. No, la vocación al Cursillo es una inversión de tiempo, talento y, por qué no decirlo, a veces hasta nuestras propias riquezas, porque el que invita es Dios.

No es por casualidad el que estamos donde estamos hoy – Dirigentes en el Movimiento Cursillo. Esto lo sabemos porque lo vemos como Su plan para nosotros. En el Evangelio de San Juan, Jesús nos dice: “Ustedes no me escogieron a mí, Soy yo quien los escogió a ustedes y los he designados para que vayan y den fruto y que ese fruto permanezca.” (Juan 15-16)